cuando el penitente se confiesa de cierto pecado mas enorme ó que comete habitualmente. El objeto de esta conducta es hacerle conocer la gravedad del mal; pero sin irritarle ni amedrentarle. Así, despues de hacerle las amonestaciones necesarias, apresúrese el confesor á animarle para que confiese sus otras culpas, diciéndole: *Animo: ¿no es verdad que quieres renunciar á este maldito pecado? Sí, ten confianza; dilo ahora todo, no dejes nada en tu conciencia. ¿Querrias cometer un sacrilegio? ¡Ah! Ese seria un pecado mayor que todos los que has cometido. Dilo todo con valor. Haz una buena coufesion, y Dios te perdonará.*

AL FIN DE LA CONFESION.—18. Al fin de la confesion es cuando debe el confesor redoblar su celo para dar á conocer al penitente la grandeza y multitud de las culpas que trae, así como el miserable estado de condenacion en que se encuentra; pero siempre con caridad. Entonces puede usar espresiones mas enérgicas para hacerle entrar en sí, dejándole conocer que la compasion y la caridad son las que dictan todas sus palabras, y no la indignacion. Por ejemplo, le dirá: "Hijo mio, ya lo ves: ¿no es esta la vida de un réprobo? Dime, ¿qué mal te ha hecho Jesucristo para que le trates así? Si hubiera sido tu mas mortal enemigo, ¿pudieras haberle tratado peor? ¡y á un Dios que murió por tí! ¡Ah! si te hubieras muerto en este instante, anoche, ¿en dónde estarias ahora? En el infierno para siempre. ¿Qué te redunda de todos esos pecados que has cometido? Un infierno en el corazon y un infierno por toda la eternidad. Valor, hijo mio, ya es tiempo de acabar: entrégate á Dios: basta de haberle ofendido. Yo te ayudaré con todo mi poder: ven á buscarme siempre que

quieras. Trabaja ahora por ser santo, y sé feliz. ¡Ah! ¡cuán dulce es estar en gracia de Dios!" El método particular de San Francisco de Sales para atraer al pecador á Dios, era hacerle entender la dicha de los que viven en gracia, y la desgracia de los que viven apartados de Dios. Concluidas estas exhortaciones, ayudará el confesor al penitente á hacer el acto de contricion, y si está dispuesto, le absolverá, dándole los medios de corregirse que indicaremos en el artículo siguiente. Si no puede absolverle ó juzga conveniente diferir la absolucion, le fijará el tiempo en que debe volver, diciéndole: "Te espero tal dia; no dejes de venir: ten buen ánimo, como te he dicho: encomiéndate á la Santísima Vírgen, y ven á buscarme. Si estoy en el confesonario, acércate al instante: si no estoy, llámame, que yo lo dejaré todo por oirte en confesion." Con esta dulzura debeis despedirle. Tratar á los pecadores con caridad, es el único modo de salvarlos, porque si encuentran un confesor austero, que lejos de animarlos los trata con dureza, aborrecen la confesion, abandonan los sacramentos, y ya están perdidos.

CARIDAD LLENA DE RENDIMIENTO.—19. (*San Cárlos*, página 8—10, 64—70).—Ahora conoceis que los confesores deben recibir á los que se presentan para confesarse, con gran prontitud y facilidad, cuidar mucho, no solamente de no despedirlos por aborrecer este trabajo, ó de no manifestarles ni aun con señas ó palabras que no los escuchan con gusto, sino por el contrario, hacer de modo que se persuadan sus penitentes que reciben un consuelo sensible y un singular placer en las molestias que se toman por el bien y alivio de sus almas. Por lo cual, á fin de que los penitentes no puedan alegar la dificultad de no hallar confesor por escu-

sa de no haberse confesado, principalmente en las épocas en que están obligados, les advertimos que aunque sean llamados de otra parte para asistir á un entierro ú otros oficios, no deben por eso, como no sea en un caso de necesidad, dejar de oir las confesiones en las épocas que ordinariamente son mas frecuentes.

CARIDAD QUE AYUDA A LAS ALMAS A PERSEVERAR Y ADELANTAR EN LA VIRTUD.—20. Segun la obligacion de verdaderos padres espirituales, deben los confesores tener un cuidado particular de instruir y encaminar á todos sus penitentes en las virtudes cristianas y por la vida espiritual; pero particularmente á los que los hayan escogido por sus directores, ó se confiesen ordinariamente con ellos, ó los consulten en las dudas y otras circunstancias que conciernan á la salud de sus almas. Deben, pues, procurar, confirmar á aquellos cuya direccion espiritual tienen, en tal estado, que verdaderamente estén constantes en la resolucion de perder no solamente su hacienda y su honra, sino hasta la propia vida, antes que ofender mortalmente la Magestad de Dios, y que tengan un deseo ardiente y generoso de conformarse siempre con su santa voluntad.

Por lo cual los instruirán del fin para que fueron criados el hombre y todas las cosas: que Dios no crió al hombre mas que para que éste le sirviese y obedeciese en esta vida, y le gozase eternamente en la otra; y que por esta razon deben resolverse á trabajar por conseguir aquel fin, y estimar solo las cosas que pueden servirles para llegar á él, abandonando todas las que puedan apartarlos del mismo; y han de hacer de modo que sus penitentes se inclinen siempre de suyo á aquel fin, y dirijan á él todas sus acciones, y juntamente todo lo que tienen en este mundo; y que así se conduzcan de tal manera en su vida, hábitos, conversaciones, negocios y todos los demas ejercicios, que todas estas cosas les sirvan á todos como de otras tantas alas y ausilios para llegar á él, y estén siempre prontos á moderar su uso, y á regularlas ó abandonarlas enteramente en todas las ocasiones que lo juzgue necesario su director para su salvacion. Y él por su parte, considerando el estado y condicion de cada uno, los conducirá al fin que acabamos de decir, conforme á dicho estado y condicion. Es preciso que los directores instruyan á aquellos cuya conducta espiritual tienen á su cargo, segun los alcances de su entendimiento, en el modo de hacer la oracion, y que los acostumbren á vacar á este ejercicio á lo menos dos veces al dia, por la mañana cuando se levantan, y por la noche al ir á acostarse: fuera de que deben exhortarlos á oir misa todos los dias y asistir á los divinos oficios en los festivos, han de instruir particularmente á los que sean capaces, hombres y mugeres, en la manera de hacer oracion mental, y enseñar á los otros cómo debe rezarse devotamente el resario, la corona y el oficio de la Vírgen, los siete salmos penitenciales ú otras oraciones semejantes, y exhortarlos en general á todos á hacer ecsámen de conciencia, señalándoles para esto como cómoda y conveniente la hora de la noche, en que son llamados á son de campana á rezar con toda su familia. Deben exhortarlos á frecuentar á menudo los sacramentos de la Penitencia y Eucaristía, y procurar inclinarlos á comulgar todos los domingos, segun el consejo de San Agustin; y si encuentran alguno que no esté dispuesto, le dispondrán poco á poco, exhortándole primeramente á confesarse y comulgar en las festividades princi-

pales del año, como Pascua, la Asuncion, Todos Santos, Natividad y el primer domingo de cuaresma, para ganar la indulgencia plenaria y prepararse al santo ayuno, y en seguida, obligándole á hacerlo mas á menudo, podrán reducirle á la comunion mensual: conseguido esto, no les será difícil persuadirle á que reciba este sacramento cada ocho dias. Los directores han de tener particular cuidado de que aquellos á quienes dirigen, se empleen los dias festivos en tributar honor y obsequio á Dios: por lo cual los exhortarán á alistarse en alguna de las cofradías, cuyo instituto particular es vacar á la oracion y á los ejercicios de piedad en aquellos dias, y deben recomendar especialmente á los padres de familia que se conserven en el honor y temor de Dios, y cuiden con particularidad de enviar sus hijos á oir la doctrina cristiana, y de llevarlos consigo los dias de fiesta al sermon, á las lecciones espirituales y á vísperas, y educarlos en la santa costumbre de confesarse y comulgar con frecuencia.

Tambien deben persuadir á los que son casados, que empleen toda su diligencia para atraer sus mugeres á frecuentar los sacramentos, y á las mugeres que hagan lo mismo con sus maridos, recordándoles aquella sentencia de San Pablo, que el buen marido gana su muger para Jesucristo, y que del mismo modo la muger gana muchas veces al marido. Podrán obligar á los que saben leer y tienen medios, á que compren algunos libros espirituales y de devocion para leerlos ó hacerlos leer por la noche á toda su familia, y principalmente en los dias festivos, como las vidas de los santos, la Imitacion de Jesucristo, las obras de Fr. Luis de Granada, los ejercicios de la vida espiritual, el rosario de Gaspar Loart, la práctica de la

oracion mental, compuesta por Fr. Matías, religioso capuchino, y otras semejantes.

Representarán muchas veces á los que son ricos, que no son mas que los dispensadores de Dios en los bienes que poseen, y que aunque puedan legítimamente sostener su estado con aquellas riquezas y mantenerse en su condicion, deben usarlas, sin embargo, con la modestia digna de un cristiano; de modo que no solamente no han de gastar mas rentas de las que producen sus bienes, sino antes menos, conforme á lo que conocieron y enseñaron hasta los paganos. Deben tambien manifestarles la grande obligacion que tienen de dar limosnas, y que para no faltar á un mandamiento tan importante, deben dirigirse por el consejo de personas virtuosas é inteligentes. Y por último, el director ha de dar á todos los que están bajo su conducta, segun el estado y condicion de cada uno, las instrucciones y ausilios que juzgue pueden serles útiles y necesarios para conservarse y adelantar en la vida espiritual.

CARIDAD ACTIVA Y COMPASIVA.—21. (*San Francisco de Sales*, tom. II, pág. 622, edicion de 1836, y *espíritu de San Francisco de Sales*).—Tened, pues, un deseo ardiente de la salvacion de las almas, y particularmente de las que se presentan á la penitencia, rogando á Dios que se sirva cooperar á la conversion y adelantamiento espiritual de aquellas. Acordaos que los pobres penitentes al principio de su confesion os llaman padre, y que en efecto, debeis tener un corazon paternal para con ellos, recibiéndolos con sumo amor, sufriendo con paciencia su rudeza, ignorancia, imbecilidad, pesadez y otras imperfecciones, y no cansándoos jamas de ayudarlos y socorrerlos, mientras hay alguna esperanza de enmienda en

ellos. Segun dicho de San Bernardo, la carga de los pastores no es de almas fuertes, sino de flacas y débiles, porque las fuertes andan bien solas; pero á las flacas hay que llevarlas. Así, aunque el hijo pródigo volvió enteramente desnudo, grasiento y hediondo de entre los puercos, su buen padre le abraza, le besa amorosamente y llora sobre él, porque es su padre, y el corazon de los padres se enternece con los hijos.

PRACTICA DE SAN FRANCISCO DE SALES.—22. San Francisco de Sales no echaba de ver que dando esta advertencia, trazaba la historia de su conducta. Escuchemos á la persona que mejor le conoció en el mundo: así se espresa Santa Juana Francisca en su deposicion: "Digo que nuestro bienaventurado fundador fué enteramente incomparable en la caridad que ejerció en el confesonario, y en el celó con que le desempeñaba. Se daba todo á este ejercicio, sin otra medida ni límite que la necesidad de los que acudian á él: todo lo abandonaba por esto, escepto si estaba ocupado en algun negocio mas importante para la gloria de Dios, porque sabia que en este sacramento se hace el gran provecho de las almas. Todos los domingos y fiestas recibia á todas las personas que acudian á él, señores, damas, paisanos, soldados, criadas, lugareños, mendigos, enfermos, sarnosos, hediondos y llenos de grandes humillaciones, sin diferencia ni acepcion de personas, con igual amor y dulzura, porque nunca despedia á ninguna criatura, por miserable que fuese; al contrario, creo firmemente que la recibia con mas caridad interior, y la acariciaba con mas ternura que á los ricos y bien formados, y decia que allí era donde se ejercia la verdadera caridad. Ni aun á los niños despedia el bienaventurado; antes los recibia tan amistosamente, que gustaban de volver á él.

"Daba á sus penitentes todo el tiempo y espacio para declararse, y no les metia priesa jamas; y fuera de los dias susodichos, en cualquiera y á toda hora que le buscaran, lo dejaba todo, á veces hasta el ir al oficio de la catedral: retardaba el decir misa, aunque estuviese revestido; y dejaba la comida, aunque fuera á sentarse á la mesa, á pesar de que se quejaban sus familiares y querian disuadirle.

"En las grandes festividades, jubileos y otras ocasiones semejantes, tenia muchas veces que confesar de dia y de noche; de lo cual le ví una vez enteramente rendido. "Estos dias, me decia, me vale á peso de oro por la multitud de confesiones." Así es, que para inspirar confianza á sus penitentes les decia: "No hagais diferencia entre vuestro corazon y el mio: yo soy todo vuestro: nuestras almas son iguales."

"Lloró con algunos sus pecados; y trataba tan cariñosamente á sus penitentes, que se derretian en lágrimas á su presencia. Un dia me escribió: "Aquí ha habido un gran jubileo que me ha tenido ocupado; pero al mismo tiempo consolado oyendo muchas confesiones generales y conversiones de conciencia, tanto que yo he recogido cosecha entre nuestros penitentes con lágrimas, parte de gozo, parte de amor."

"Otra vez me escribió: "Hace cuatro dias que he recibido en el gremio de la Iglesia y he oido en confesion á un caballero de veinte años. ¡Oh Salvador de mi alma! ¡Qué gozo verle tan santamente acusar sus pecados, y entre los discursos de éstos descubrir una providencia de Dios tan especial y particular en sacarle por movimientos y resortes tan ocultos á los ojos humanos, tan elevados y admirables! Yo estaba fuera de mí. ¡Qué ósculos de paz le dí!"

"Cuando él conocia que alguno le costaba trabajo confesarse, ó por verguenza, ó por miedo, procuraba por todos medios abrir el corazon y aumentar la confianza: *¿No soy yo vuestro padre?* y lo repetia hasta que le respondia *sí;* y entonces añadia: *¿No quereis decírmelo todo? Dios espera que descubrais vuestro corazon, y tiene los brazos abiertos para recibiros. Mirad, yo ocupo el lugar de Dios; ¡y teneis verguenza de mí! Pero al salir de aquí yo soy pecador, y si hubiérais hecho todos los males del mundo, no me admiraria.*

"Ayudaba tambien con una afabilidad sin igual á esplicar los pecados, cuando veia que le costaba trabajo al penitente decirlos por ignorancia ó verguenza."

CONTINUACION.—23. "Despues de la confesion decia unas palabras tan cordiales: "¡Oh! ¡cuánto amo vuestra alma y todo lo que me ha declarado! y los ángeles se regocijan ahora y celebran fiesta por esta accion, y yo os felicito con ellos; pero es menester prometer á Nuestro Señor y á mí tambien, no volver á cometerla."

"Cuando veia que no habia contricion, mandaba decir algunas breves palabras, como: *¿No es verdad que quisiérais no haber ofendido jamas á Dios?* Y á veces hacia repetir algun pecado de los acusados, para quitar la repugnancia que costaba declararle.

"Prescribia penitencias muy ligeras, y decia: *¿No hareis lo que yo os diga? pues decid tal cosa,* que era alguna oracion verbal que pudiese rezarse fácilmente, y no mandaba hacer consideraciones sobre algun misterio ó cosa semejante por penitencia.

"Hablaba poco en la confesion, á no ser para quitar los vanos escrúpulos é ilustrar á sus penitentes en lo que era pecado ó no, y lo que decia hacia mas mella en el corazon que los grandes discursos; y salian de su presencia con gran valor, y á veces con gran recogimiento y conocimiento de Dios.

"Gustaba sobremanera de que fuesen claros, sencillos é ingenuos en la confesion, y decia á sus penitentes que era preciso manifestar los movimientos por los cuales se cometen culpas, y que no se confesasen á la ligera; y así que descubriesen al confesor todos los resortes y movimientos por los cuales se cometen los pecados, y que si obraban de otro modo no podian quedar jamas limpios. Y por este celo que tenia de purificar las almas con confesiones claras, arrancó malas pasiones, que otros hubieran podido dejar por no guardar este método.

"Con esta incomparable bondad abria los corazones mas cerrados, sacaba todo el mal que habia dentro, é introducia afectos y resoluciones sólidas. Era incomparablemente espeditivo, y aclaraba en el acto las dudas y escrúpulos de conciencia, inspirando á los pecadores en su interior un ánimo y tranquilidad completos.

"Continuando en el mismo artículo, digo que no pueden nombrarse las muchas personas que por medio de este bienaventurado adelantaron en la perfeccion cristiana: esto verdaderamente no es creible sino á los que lo han presenciado como nosotros, que hemos visto á muchos penitentes suyos con ardientes deseos, quién de mudar de vida, quién de adelantar en la perfeccion. Todo el que se acercaba debidamente, salia con gran provecho de su alma y nuevo deseo de volver á él, y para esto se daban unos á otros valor y union.

"Digo en esto lo que he visto en Paris, donde

solia confesar en nuestra iglesia, y lo mismo en Grenoble: concurrian toda clase de personas de distincion, de uno y otro sexo. Solo Dios puede saber el número infinito de almas que adquirió la Magestad divina por la mediacion de este bienaventurado; porque la fama universal de que era el único en afabilidad y en piedad, é incomparable en materia de gobernar bien las almas, era causa de que acudiesen á él de todas partes.

"Cuando se sabia que habia de pasar por alguna ciudad, y que iba á alguna casa de campo de sus amigos, en todas partes tenia que oir confesiones generales; y como él decia, *siempre le guardaban el fondo de las conciencias*, y lo que costaba gran dificultad decir á los otros. Y esto es cierto, público y notorio."

CONTINUACION.—24. Así es que era cosa sorprendente oirle hablar de Dios y de la perfeccion. Tenia términos tan precisos é inteligibles, que hacia comprender con gran facilidad las cosas mas delicadas y elevadas de la vida espiritual. No tenia para él solo esta luz tan penetrante: cada cual ha visto y conocido que Dios le habia comunicado un don especial para la direccion de las almas, y que las gobernaba con una destreza celestial. Penetraba el fondo de los corazones, y veia claramente su estado y por qué movimiento obraban; y todo el mundo sabe su caridad incomparable para con las almas, y que sus delicias eran trabajar al rededor de ellas. En esto era infatigable, y no cesaba jamas hasta darles la paz y poner sus conciencias en estado de salvacion. En cuanto á los pecadores que se querian convertir y que veia débiles, ¡cuántas cosas hacia con ellos! Se hacia pecador como ellos, lloraba sus pecados con ellos, y confundia de tal modo su corazon con el de los penitentes, que ninguno pudo jamas ocultarle nada; y segun mi juicio, me parece que la virtud dominante de nuestro bienaventurado padre, era el celo de la salvacion de las almas, porque en cierto modo cualquiera hubiese dicho algunas veces que dejaba el servicio que mira inmediatamente á Dios, por preferir el del prójimo. Dios mio, ¡qué ternura! ¡qué mansedumbre! ¡qué paciencia! ¡qué trabajo! Al fin se consumió en él (1).

EJEMPLOS DE ESTA CARIDAD.—Citemos algunos rasgos de la incomparable caridad del santo obispo en favor de los pobres pecadores. Practicaba á la letra esta advertencia sagrada: *Dad á quien os pida;* y esta otra: *Partid vuestro pan al que le necesite.* En cuanto al pan espiritual, no se contentaba con ser liberal, sino que era pródigo; porque no negaba *jamas* el consuelo espiritual *á nadie*, ya en particular, ya en público; tanto temia este cargo: *Los pequeñuelos pidieron pan, y nadie se le partia.* Tenia una provision tan grande de este pan de vida é inteligencia, que siempre estaba pronto á distribuirle, parecido á aquellas nodrizas abundantes en leche, que no desean mas que comunicarla. Un dia que le rogaban que mirase por su salud, respondió: "¿No ha de deshacerse uno del cuerpo y el alma por este querido prójimo, á quien amó tanto nuestro Señor, que murió de amor por él?"

"Si sus fuerzas corporales hubieran podido igualar á las de su espíritu, dice el P. Talon, uno de sus historiadores, cada dia y cada instante hubiera corrido de un polo á otro para consolar á los afligidos y ganar almas á Dios, porque no reparaba en ningun sacrificio cuando se trataba de este

(1) Diversos suplementos á las obras de San Francisco de Sales, recopilados por el presbítero Baudry. Leon, 1837.

santo objeto: una vez anduvo mas de sesenta leguas por confesar á un buen viejo que lo habia deseado, y comunicándole por un amigo suyo que solo con él queria confesarse. *Anima, tanti vales.*"

Le admiraba tanto la poca caridad que se manifiesta con los pecadores, que decia sollozando: "Solo mi buen Dios y yo amamos á los pecadores." Por eso ¡con qué cordial efusion los acogia!

Visitando una vez su diócesis, recibió grandes quejas contra un eclesiástico, cuya vida era escandalosa, y cuyas costumbres no correspondian á la ciencia que le adornaba. Este eclesiástico se presentó al bienaventurado obispo con tanta osadía como si hubiera estado inocente de todo lo que le acusaban, y clamó con energía contra tal calumnia. El santo le recibió muy propicia y benignamente, como tenia de costumbre; pero al ver su audacia para defenderse, se ruborizó delante de él. Solo esta circunstancia, sin mas correccion, tocó el corazon del impertinente eclesiástico, que resolvió prevenir la accion del juez por la confesion; para lo cual pidió al santo obispo que le oyera en el tribunal de la penitencia. Inmediatamente le prestó el prelado oidos, y le abrió su corazon: el culpable salió de aquella piscina saludable como Naaman de las aguas del Jordan, y al salir cubierto de aquella santa verguenza que conduce á la gloria, dijo: "Ilustrísimo señor, ¿qué piensa V. S. I. del pecador mas grande de la tierra?—Que Dios ha derramado sobre vd., hermano mio, su gran misericordia, y aparece vd. á mis ojos resplandeciente de gracia.—Pero ¿sabe V. S. I. quién soy?—Es vd. tal como digo, repuso el santo.—Queria decir, lo que he sido.—De eso no me acuerdo ya, repuso el prelado: ¿por qué habia de conservar yo en mi memoria lo que Dios ha echado ya en olvido? ¿Cree vd. que soy yo como aquel fariseo, que consideraba á la Magdalena por lo que habia sido, y no por lo que era, cuando bañaba con sus lágrimas los piés del Salvador? Y para manifestar á vd., añadió, que le veo lleno de todas las gracias celestiales, de que ha recibido vd. en su corazon una medida colmada y que se derrama por todas partes, ruego á vd. me dé parte de ellas echándome su bendicion:" y en esto se postró á los piés del eclesiástico, que se quedó confuso. "No, dijo el santo, es sin ficcion: suplico á vd. que me preste el mismo oficio que acaba de recibir de mí, y me oiga en confesion." El otro se resistia; pero el obispo le obligó á ceder, dejándolo edificado de una manera inesplicable. Y para manifestarle que de veras le estimaba, se confesó otras dos veces con él á la vista de la gente, que no sabia qué admirar mas, si la humildad prodigiosa del santo prelado, ó la conversion milagrosa de aquel eclesiástico.

OTRO EJEMPLO.—25. Es regla entre los directores de almas no hacer la correccion hasta el fin de la confesion. Mas arriba hemos visto (núm. 17) que esta regla tiene sus escepciones. Como prueba, y tambien como ejemplo de esta correccion, citaremos el hecho siguiente del santo obispo de Ginebra. Un dia se presentó á confesarse con él un personage que contaba sus pecados con tanta audacia, por no decir descaro, y con tan poco sentimiento y disgusto, que parecia referir una historia, hasta el punto de escucharse á sí mismo y complacerse en su discurso. Conociendo el santo por este tono la indisposicion interior de aquella alma, comenzó á llorar, suspirar y sollozar: el penitente le preguntó qué tenia y si estaba malo. "¡Ah! hermano mio, le dijo, yo gracias á Dios estoy bue-

no; pero vd. está muy malo." El otro le replicó resueltamente que tambien estaba bueno. "Pues bien, dijo el santo confesor, continúe vd." Prosiguió el penitente con la misma libertad, y decia cosas terribles sin ningun sentimiento de dolor: el bienaventurado volvió á llorar á lágrima viva. El penitente le preguntó otra vez por qué lloraba. "¡Ah! dijo el obispo, porque vd. no llora." El que habia sido insensible al primer estímulo, no lo fué al segundo, sin duda por haber llegado la hora de la visita; y aquel peñasco tocado con tal vara, dió de repente agua y esclamó: "¡Miserable de mí! que no me arrepiento de mis enormes pecados, y éstos arrancan lágrimas al que está inocente!" Esto le movió tan eficazmente, que creyó desmayarse si el santo no le hubiera consolado; y enseñándole el acto de contricion, que hizo con una compuncion admirable, le puso en el estado necesario para recibir la gracia del sacramento. Desde entonces se dió todo á Dios y se hizo un modelo de penitencia.

OTRO MODELO.—26. (*Vida de San Felipe Neri, lib. X, y lib. II. cap. IV.*)—El gran confesor de Roma y de la Iglesia católica San Felipe Neri, era tan asistente al tribunal, que no contento con confesar de dia, empleaba tambien gran parte de la noche en tan santo ministerio, hasta el punto que antes del alba habia confesado ordinariamente buen número de penitentes en su aposento, y aun los oia antes de levantarse. Para comodidad de éstos, y para que pudiesen entrar cuando les parecia bien, acostumbraba dejar la llave debajo de la puerta de su aposento.

Ademas, habia prohibido á los sacerdotes de su congregacion responder jamas: "El P. Felipe está descansando, ó no se le puede ver." Sin embargo, un dia dijo el P. Antonio Gallonio á una persona que no entrase, por el temor de ser importuna. Súpolo Felipe, y le reprendió severamente. "¿No sabeis, le dijo, que no quiero tener una hora ni un instante mios?" Otra vez, habiendo cerrado un discípulo del santo la puerta de su aposento para que nadie fuese á incomodarle, echó de ver Felipe que le esperaba un penitente: entonces llamó al discípulo, y á presencia de aquel le dió una fuerte reprension, porque su mayor pena era saber que alguno se habia molestado en aguardarle.

Cuando se abria la iglesia, bajaba al confesonario al amanecer, y no salia de allí mas que para decir misa (á cosa de medio dia) ó por algun negocio de mucha importancia, diciendo siempre á dónde iba. Si no habia penitentes, permanecia al lado del confesonario ocupado en leer, rezar el rosario ó el oficio divino. A veces se paseaba á cierta distancia para esperarlos, y que le vieran mas fácilmente. De aquí resultaba que cualquiera que deseaba hablarle, podia encontrarle con facilidad á todas horas. Las enfermedades, de cualquier naturaleza que fuesen, no le hacian abandonar el tribunal, á no ser que se lo mandasen espresamente los médicos. Si álguien le decia por compasion: "Padre, ¿por qué se toma vd. tanto trabajo?—No es trabajo, respondia; antes es un placer y una recreacion." Y oraba así á fin de mantener á los penitentes en el fervor, y no darles ocasion de entibiarse ó descuidarse so pretesto que no podian hallarle fácilmente.

CONTINUACION.—27. Un dia le decian sus sacerdotes: "Padre, no os cuidais bastante."—"Tengo gusto en recordaros, les respondió, que mis penitentes mas piadosos son aquellos que he guiado al Señor, esperándolos hasta por la noche para con-

vertirlos. Creedme; no hay cosa que proporcione tan dulces consuelos á las almas que aman á Dios, como dejar á Jesucristo por Jesucristo."

No solamente aguardaba Felipe á los penitentes en la iglesia ó en su aposento para confesarlos, á fin de coger una cosecha abundante de pecadores, sino que arrostraba todas las fatigas, por grandes que fuesen, para conquistarlos. Ni las lluvias, ni el viento, ni el frio, ni el peligro de perder la vida ó la fama, eran capaces de detenerle, cuando se trataba de convertir un pecador y atraer una alma á Jesucristo.

¿Quién dirá la paternal bondad con que recibia á los penitentes? Hacíase todo para todos, con los nobles y los plebeyos, con los jóvenes y los viejos, con los inferiores y los superiores, con los sábios y los ignorantes: aun á los que no habia visto jamas, los recibia con tanta afabilidad y los abrazaba con tanta ternura, como si los hubiera deseado mucho tiempo habia. Si se llegaba á él algun pecador, la idea del estado de aquella pobre alma, y sobre todo, de la ofensa de Dios, le enternecia en términos que lloraba á lágrima viva, "como acostumbra hacer, dice ingenuamente el autor de su vida, un niño á quien acaban de reprender sus padres." El cardenal Federico Borromeo afirma haber sido muchas veces testigo de estas escenas. Dos años antes de su muerte, decia llorando el santo anciano á una persona á quien creia en una ilusion peligrosa: "Aunque muy viejo, todavía me daré muchas disciplinas por vd." Tenia entonces setenta y ocho años de edad.

Otra vez notó el santo qué un caballero jóven no se esplicaba francamente con su confesor, sino que ocultaba algunos pecados por verguenza. Sucedió un dia que aquel jóven fué á visitar á Felipe (como lo hacia de cuando en cuando), y le encontró solo. El santo le miró fijamente y echó á llorar. Al ver este espectáculo, se enterneció el jóven á quien Dios tocaba el corazon; de modo que estuvieron uno y otro un rato sin poderse hablar. Al fin el pecador se echó á los piés del santo, confesó todos los pecados que habia ocultado, y se encomendó de todo corazon á las oraciones de su caritativo confesor. Este le abrazó con ternura, y le consoló con su mansedumbre y caridad ordinarias.

CONTINUACION—28. Por el mismo medio convirtió á otro jóven en estremo disoluto. El santo se contentó con decirle que repitiera seis veces al dia la Salve, y besara la tierra diciendo estas palabras: *Mañana puedo morir.* El pecador obedeció, y en poco tiempo se hizo piadosísimo: de allí á catorce años murió, y su muerte fué preciosa en el Señor. Tales fueron los medios con que San Felipe atrajo un número casi infinito de pecadores al camino de la virtud: aquellos confesaban paladinamente que le debian su salvacion. Muchos de ellos decian al tiempo de morir: "Bendito sea el dia y la hora en que conocí al padre Felipe." Otros, atónitos de las asombrosas conversiones que obraba el caritativo confesor, decian: "El padre Felipe atrae á las almas como el iman al hierro: en cuanto uno se confiesa con él, esperimenta como una necesidad de volver." Por eso no le gustaba que los confesores dificultasen el camino de la virtud, sobre todo á los penitentes recien convertidos, ni que los espantasen tratándolos duramente, ni que fuesen rigorosos en la confesion. Al contrario, queria que se compadeciesen de ellos, y que con dulzura y caridad procurasen ganarlos, y tuviesen toda la condescendencia posible, no prohibiendo de

pronto y con rigor á los hombres el llevar ricos vestidos, gorgueras, espadas y otras cosas semejantes, no fuera que arredrados de la dificultad se volviesen atrás, y abandonando la confesion permaneciesen mas tiempo en el miserable estado del pecado.

Por este mismo principio acostumbraba no clamar demasiado contra ciertas vanidades que las mugeres suelen ostentar en sus trages y tocados, y disimulaba lo mejor que podia, para conducirlas mas fácilmente con el tiempo al fin que se proponia. "A veces, decia, hay que sufrir estas faltas en los otros, como sufrimos, á pesar nuestro, nuestras deformidades naturales: luego que entra un poco de piedad en estas almas, dejan de suyo estas cosas, y aun pasan mas allá de lo que deseara el confesor." Por lo cual, habiéndole preguntado una señora un dia, si se habia vestido con demasiada elegancia, el santo se contentó con responderle: "Cuidad de no caer." Del mismo modo á un hombre de distincion que fué á verle con una gorguera muy esquisita, le dijo con afable familiaridad y poniéndole la mano en el hombro: "Mas á menudo os haria caricias si vuestra gorguera no me lastimara las manos." Pues la señora quitó todos los adornos vanos de su trage, y el caballero cesó de llevar su elegante gorguera.

Aunque esta conducta, que rebosaba caridad, produjo grandes frutos de salvacion en las almas, no faltaron personas que la censuraran abiertamente, y no fueron solo los mundanos, sino sugetos de gran virtud. Sin embargo, la esperiencia probó que Felipe ganaba muchas mas almas para Dios con su conducta caritativa, que ellos mismos con su severidad y rigor (1).

[1] Es cosa notable que mas adelante se hizo el mismo cargo de laxidad al santo obispo de Ginebra. Dios ha juzgado.

ARTICULO II.

HABILIDAD DE MÉDICO.

FUENTES DE ESTA HABILIDAD.—29. (*Sacerdote santificado*, números 16 á 20, 24, 27, 36 y 37.)—Poco útil es á su rebaño el pastor que no junta las luces del entendimiento con la bondad de corazon. Del mismo modo el confesor que no posee la ciencia de juez y la habilidad de médico con la caridad de padre, puede desear el bien de las almas, pero no puede hacerle. Así, ademas de la ciencia de juez de que hablaremos mas adelante, es menester que vuestra caridad os haga adquirir la habilidad de médico, y ésta la sacareis, no tanto de los libros de moral, cuanto de los libros ascéticos. ¡Oh! ¡cuánto ayuda el ascetismo á la moral para la curacion espiritual y la perfeccion de los penitentes! Juzgad por el ensayo siguiente, sobre el uso que debeis hacer de él en el tribunal de la penitencia.

HABILIDAD EN DESCUBRIR EL MAL DEL PENITENTE.—30. El primer uso de vuestra habilidad, es descubrir diestramente todo el mal. En las enfermedades espirituales, la primera cosa que hay que temer es, que no se descubran con sinceridad. Por un lado, la naturaleza lo repugna con vehemencia: por otro, el demonio emplea mil artificios para aumentar la dificultad de la declaracion. Así, no os contenteis con el recibimiento paternal que hayais hecho al penitente para animarle desde el principio; escuchadle tambien durante su confesion de modo que no sienta verguenza en acusarse. Una muestra de sorpresa que diéseis por ciertos pecados, un suspiro, el menearos, el decirle que se dé prisa, un aire de disgusto, una palabra, un acto cualquiera